

Comentario al trabajo de Javier García



CLÁUDIO LAKS EIZIRIK¹

Recibí con gran placer la invitación para comentar este estimulante trabajo de Javier García, por dos motivos: mi relación de amistad con el autor, con quien compartí, entre otros momentos, el surgimiento y la instauración de ILAP (Instituto Latinoamericano de Psicoanálisis), que debe mucho de su historia a la capacidad y tenacidad de Javier, y el hecho de que se trata de un trabajo que enfrenta, con el peculiar coraje y objetividad del autor, temas de gran relevancia para la formación psicoanalítica.

Desde luego, queda claro que la tesis central del ensayo es la singularidad de la formación de cada analista, y que la función de los institutos debería ser la de ofrecer las mejores condiciones posibles para que cada futuro analista realice su propia formación.

La cuestión de los tres modelos ocupa el inicio del ensayo. Por supuesto, este es un tema que me es muy caro, pues estuve directamente comprometido y empeñado en el largo proceso que llevó a su aprobación por el Board de la API. Hasta que esa decisión fuera tomada, la API vivía en un estado de ceguera electiva o negación de la realidad, pues solo reconocía el modelo llamado Eitingon. El trabajo de varios comités reveló lo que ya se sabía: había varias versiones del modelo Eitingon, y por lo menos otros dos, el francés y el uruguayo, eran poseedores de una estructura y de una

1 Miembro titular de la Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre. ceizirik.ez@terra.com.br

coherencia interna que los hizo capaces de ser reconocidos formalmente. En mi opinión, este reconocimiento permitió admitir y respetar el hecho de que hay diversidad en la formación analítica, y que cada uno de estos modelos funciona como un paraguas que abriga peculiaridades y particularidades. El único elemento común a los tres es la existencia del análisis personal, las supervisiones y seminarios. A partir de ahí, como un árbol frondoso, de la misma manera que el psicoanálisis a partir del vigoroso tronco central freudiano, se abren un sinnúmero de variantes en los tres elementos del trípede de la formación. Para desesperación de algunas mentes que aman legislar, clasificar y estandarizar, la realidad de la formación analítica en nuestros institutos es más bien diversificada, fragmentada y coloreada de lo que puede ser descrito o formalizado en los estatutos y códigos de procedimiento.

Javier dedica su atención a examinar la cuestión de la concentración de poder en los institutos, y relaciona ese hecho con la existencia del llamado análisis didáctico. Me gustaría detenerme en este tema a partir de dos fuentes de observación: mi experiencia personal como analista de analistas en formación y supervisor, y mi contacto con innumerables institutos de las tres regiones, sus historias, sus conflictos y sus realizaciones.

Tal vez estemos logrando evaluar con más objetividad, en este inicio del siglo XXI, la cantidad de problemas y desvíos que el sistema de concentrar los análisis de formación en pocos analistas ha traído para nuestras instituciones. Por ejemplo, observé innumerables casos de análisis que evolucionaban bien con un miembro asociado o incluso con un candidato, pero que tuvieron problemas a partir del cambio compulsorio de analista, exigido para iniciar la formación, pues la condición era haber estado o estar en análisis con un didacta.

Seamos, entonces, más claros: no hay un análisis didáctico. O hay un análisis o no hay, y toda interferencia del instituto en esa delicada relación, o en ese particular campo analítico, para recordar también a los Baranger, es un trastorno en un proceso singular, único e irrepetible.

Dicho esto, estoy de acuerdo con Javier en que el análisis del candidato debería realizarse sin la interferencia del instituto, que debería ser notificado de que el futuro analista está en análisis. Es evidente que cada instituto tiene el derecho de establecer sus reglas, pero si fuera con

una flexibilidad que pudiera ampliar el horizonte de posibles analistas de formación, se reduciría la concentración de poder y contribuiría a disminuir el establecimiento de familias analíticas, fenómeno que se observa en algunas latitudes.

Otro fenómeno que se puede observar, y que nos acompaña a lo largo de nuestra centenaria historia, es que algunos analistas de formación de alguna manera, ostensible o sutil, influyen en la elección de los supervisores por sus pacientes, sea por razones de amistad, sea por afinidades escolásticas. No es raro ver que casi todos los pacientes de A hacen supervisión con B o C, y viceversa. Pienso que eso es un desafío para nuestra formación, ya que si consideramos que se trata de un proceso singular, nuestra tarea debiera consistir en analizar y estimular el desarrollo de un pensamiento crítico e independiente, y de elecciones que cada paciente necesita hacer y por ellas responsabilizarse.

Sobre la cuestión del pluralismo o de la pluralidad, aunque entienda las razones del autor, no me quedé muy convencido de que una de esas expresiones sea preferible a la otra. Pienso que lo esencial es que el estado actual de nuestro arte o de nuestra ciencia, o de nuestro campo de trabajo es mucho más complejo que en las primeras décadas, y que sin duda es un gran desafío para los institutos, para sus docentes y para sus alumnos abarcar el enorme universo de la teoría psicoanalítica y la inevitable consecuencia de ese mundo fragmentado para la práctica clínica.

Por otro lado, estoy de acuerdo con Javier en que no se trata de aprender una técnica, y sí de desarrollar una escucha analítica y ampliar hasta donde sea posible nuestra mente y nuestra capacidad de entrar en contacto con las casi infinitas expresiones del inconsciente. Aunque deba reconocer sí el esfuerzo de autores como Wallerstein al proponer un terreno común del psicoanálisis, queda claro que Green está más cerca de la realidad de nuestra práctica actual al reconocer su inevitable diversidad. En este sentido, pienso que es cada vez más importante el trabajo de los diversos *working parties* y de iniciativas tipo Capsa y similares, que ponen en contacto analistas de diferentes orientaciones a presentar y discutir material clínico. No se trata de encontrar un único terreno, sino de reconocer en qué tipo de suelo, en qué cultura psicoanalítica, en qué tradición teórica cada analista realiza su trabajo de artesanía, en parte utilizando lo que

heredó de sus antecesores, en parte con lo que fue capaz de desarrollar por sí mismo.

El ensayo toca otras innumerables cuestiones no menos relevantes, como la polémica cuestión de la enseñanza de la psicoterapia analítica en los institutos, sobre la cual mi tendencia actual es de poco entusiasmo, y la necesidad de una mayor presencia en la cultura y en los sistemas de salud, así como en las universidades, con relación a las cuales coincido totalmente, pues observo que tenemos amplias oportunidades para intercambios mutuamente fértiles.

Por último, me gustaría expresar mi alegría por esta conversación por escrito con mi amigo Javier García, y agradecerle por elevar estas y muchas otras preguntas más centrales para la transmisión del psicoanálisis a principios del siglo XXI, de una forma muy clara, abierta y con sólida argumentación que ilustra bien la continua vitalidad y capacidad crítica de nuestra profesión imposible. ♦

TRADUCCIÓN: NIZE NASCIMENTO